

## HEREDERAS DE UN LEGADO

Qué orgullosa estoy de ti, mi niña bonita. Porque, perdóname, pero para mí siempre serás mi niña.

Te miro y no puedo dejar de sonreír y sentirme eufórica al ver dónde has llegado y todo lo que has conseguido. Sobre todo porque no ha sido un camino fácil de recorrer. Porque aunque no lo hacíamos a propósito, no te lo hemos puesto nada fácil.

Yo no se lo puse a tu madre y ella tampoco te lo puso a ti. Veo como tratas a tu hija y me doy cuenta de todos los errores que hemos cometido las dos.

Ahora me doy cuenta de que las mayores trabas, los obstáculos más duros, los has tenido en tu propio hogar, en tu familia. Y tengo que empezar por mí y por como yo me comporté con tu madre.

Recuerdo cuando me dijo que ella también quería estudiar, como sus hermanos, seguir en el colegio, aprender mucho más que sumas, restas y el abecedario. Quería aprender álgebra, historia, y hasta una vez me dijo que quería aprender filosofía, que ella quería ser filósofa. Pero, ¿de dónde se había sacado esa palabra? Jamás antes yo la había escuchado y mi ignorancia me hizo pensar que no debía ser nada bueno, si nunca antes tu abuelo me había hablado de algo así.

Una y otra vez, le quitaba esa idea de la cabeza, con el único argumento de que para casarse, no necesitaba saber mucho más de lo poco que ya sabía, que era leer y escribir. Que ella lo que tenía que aprender era a planchar en condiciones. Una camisa bien planchada, o unos pantalones con su línea recta bien marcada, le darían la oportunidad de trabajar en una buena casa, y ahorrar, para irse haciendo su ajuar. Ese tenía que ser su objetivo. Tener el mejor ajuar que luego pudiera enseñar orgullosa a todas las vecinas del pueblo que, curiosas, fueran a su casa, para ver, lo bien puesta que la tenía para casarse. Esa debía ser su única meta en la vida, como lo fue la mía. Y la de mi madre.

Créeme que debí hacer un buen trabajo, anulando sus sueños e ilusiones. Porque aunque de vez en cuando la veía, a escondidas, leyendo libros que se traía de la casa donde estaba sirviendo, poco a poco, mi insistencia y la de su padre hicieron mella en ella. El poco tiempo que le quedaba libre, dejó de emplearlo en lecturas que solo le llenarían la cabeza de pájaros, y lo empleaba en bordar manteles, servilletas y sábanas. Te mentiría si no te dijera que cuando la veía así, entregada a la costura, me sentía satisfecha. Sentía que como madre había hecho un buen trabajo y que por fin mi hija se estaba convirtiendo en una mujer de provecho.

Y como no podía ser de otra forma, llegó la hora de su matrimonio. Que te voy a contar. No podíamos pedirle más a la vida. Tu madre, con esa gracia y su saber estar, porque educada lo era un rato, había conseguido ser la prometida de unos de los mejores hombres del pueblo. Te diría que por aquella época era

el soltero más codiciado, y tu abuelo y yo creíamos que todos nuestros esfuerzos, y sacrificios, se veían recompensados con esa boda.

Cierto es, que hubo momentos previos al enlace, que estuve a punto de decirle que no se casara, que no tenía por qué hacerlo, que no me gustaban, esos moratones que algunas veces la descubría en las muñecas. O como aquella vez, que llegó a casa acelerada, con los ojos llorosos y el pómulo izquierdo enrojecido.

Te juro, por Dios, que en aquella ocasión, me fui a ella decidida, pensando en lo peor, pero mi niña, se ve que estaba equivocada, porque ella me contó que hacía mucho frío en la calle, que había venido corriendo y que en la carrera los ojos se le había humedecido y ambos pómulos subidos de tono por el esfuerzo. Y yo que la iba a decir, si al momento lo vi llegar a él y al día siguiente, vino a casa con un vestido que parecía una princesa. Hacían tan buena pareja.

Tu abuelo, iba por el pueblo como un pavo real, como si fuese él, quien se fuera a casar. Invitaba a unos y a otros a chatos de vino. Como le iba a quitar la alegría de ese matrimonio.

Aunque te voy a decir que hubo muchos momentos que renegó de ello, porque fue pasar el día de la boda, y apenas podíamos ver a tu madre. Ni que fuera la casa del Rey, que hay que pedir audiencia para que unos padres puedan ver a su hija. Pero donde se ha visto esto, que no pueda ir a esa casa sin avisar. Repetía una y otra vez.

Y ya cuando os fuisteis a Madrid, ni te quiero contar. De año en año. Si apenas podíamos pasar unos días contigo en Navidades. Por qué no la habría dejado ser... como era eso que quería ser.... Filósofa, o lo que ella hubiese querido.

Y tú, que no verías. Porque cada vez que íbamos a vuestra casa, estabas tan cambiada. Los primeros años de tu infancia daba gusto verte, eras el mismo retrato de la Mariquita Pérez, con tus tirabuzones, los vestidos pomposos, los leotardos de ganchillo y los zapatitos de charol. Estabas para comerte.

Después tu cambio externo fue totalmente radical, solo usabas vaqueros y camisetas y sudaderas anchas, pero eso no era lo más preocupante, porque los jóvenes de tu edad, vestían todos de maneras muy diferentes. Lo que te notábamos era, que no hablabas casi con nosotros. Que te pasabas las horas encerrada en tu habitación, leyendo, y me recordabas tanto a tu madre. Pero tú estabas triste.

Recuerdo que ella se enfadaba contigo, bueno contigo o no sé si conmigo, también, porque veía en ti esa parte de ella que yo me encargué de anular, y que de haberla dejado surgir, muy probablemente hubiera sufrido mucho menos.

Afortunadamente, tú no dejaste que tu entorno menoscabara tu personalidad. Al contrario, te hiciste fuerte, te convertiste en una mujer segura y con una gran autoestima, quizá veías en nosotras lo que no querías ser tú. Te revelaste. Y

me alegro mucho por ello, que supieras ver en que no te querías convertir y que lucharas por conseguirlo.

Que tus notas no fueran las más relevantes, no fueron un freno para ti, te veías capaz de hacer lo mismo que cualquier otra persona, hombre o mujer. Porque tú siempre has visto a todo el mundo como un igual, y es algo que desde pequeña dejaste siempre muy claro. Año tras año eras elegida la delegada de la clase, aunque la mayoría de alumnos fueran niños, eras capaz de transmitir a todos que defenderías los derechos de tus compañeros y compañeras. Se veía que apuntabas maneras. En tus años de juventud te proclamaste como la cabecilla de diferentes grupos feministas, defensora a ultranza de la igualdad de la mujer en todos los ámbitos.

No tardaste en encontrar un buen trabajo, uno en el que la presencia de hombres predominaba, y la tuya causaba malestar, no estaban muy acostumbrados a ser dirigidos por una mujer. Tampoco esta situación te frenó, todo lo contrario tomaste el control de tu departamento y conseguiste méritos que todos tus predecesores no habían podido conseguir, ni tan siquiera soñar, y dejaste de ser la niña mona de la oficina, para ser tratada con respeto. Algo que tus compañeros, obtienen desde el primer día. Tú tuviste que ganártelo.

Entre tanto, conociste al que hoy es tu compañero de vida, como tú le llamas. Por qué, cómo es eso que me dices, que no es tu esposo, que no sois propiedad el uno del otro, que sois compañeros, amigos, amantes, y yo te digo, tu marido, y tú me dices que no, y yo que sí, y las dos nos reímos.

Y has podido tener una hija, sin tener que renunciar a ti, sin renunciar a nada. Ahora te oigo cuando la hablas de la vida, de las oportunidades que tiene por delante, del amor a ella misma, de que cuando vea algo en ti, que no le guste, que no lo repita, que lo cambie en ella, que no arrastre ninguna de tus cargas. Que sea libre de elegir. Y a mí en el fondo se me parte el corazón, porque pienso en mí y en tu madre, y en mi madre, en mis hermanas, y en tantas y tantas mujeres que nunca han escuchado esas palabras, y que siguen sometidas, anuladas, castradas.

Mi consuelo es saber, que como tú, hay muchas. Que este mundo ya no es el que era, que hay mucho por cambiar todavía, pero que cada vez son más las mujeres que alzan la voz, las que dicen basta, las que están en puestos y cargos, que harán que las próximas generaciones se encuentren una sociedad mejor. Y eso, realmente, a esta pobre anciana, le hace sentir muy, muy feliz.

Fdo.: Colibrí